

◆ PREGUNTA:

«¿TIENE LÍMITE LA UNIDAD?»

HUGO McCORD

◆ RESPUESTA:

«¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!» (Salmos 133.1). Los hombres de «buena voluntad» (vea Lucas 2.14) no son contenciosos. «Luchan» (del griego *athleo*; 2ª Timoteo 2.5) como si estuvieran en una competencia atlética, pero su lucha no los lleva a ser «contenciosos» (del griego *machomai*; 2ª Timoteo 2.24); no son amigos de las discusiones. El espíritu discutiendo es tan desagradable, y la unidad tan deliciosa, que la reacción de algunos es eliminar todas las barreras doctrinales que impidan el habitar juntos.

¿CERO DOCTRINA?

En ciertas religiones o filosofías, la única doctrina es que ninguna doctrina importa. Bajo una amplia sombrilla se da cabida a la comunión entre el monoteísmo, el politeísmo y el ateísmo. De acuerdo con esta filosofía, al budismo se lo considera tan válido como el islamismo, al cual a su vez se lo considera de igual rango que el cristianismo neotestamentario. Los que aceptan tales filosofías afirman que el que crea que el cristianismo es la única religión verdadera se da a conocer como un intolerante.

¿UNICAMENTE LA DEIDAD DE JESÚS?

No obstante, hay personas que sostienen que la religión de Jesús es exclusiva, que ningún hombre viene al Padre, sino por Él (Juan 14.6). Si bien, esta es una sombrilla aparte, también puede dar cabida a muchas diferentes doctrinas, siempre y cuando alguna doctrina de la deidad de Jesús se incluya. Hay algunos creyentes de la Biblia que dicen: «Con solo que un hombre confiese que Jesús es Señor, es mi hermano y nuestra comunión es verdadera». La única intolerancia que exhiben tales personas es en contra de los que sostienen que algunas doctrinas además de la deidad de Jesús, son imprescindibles.

¿PREDICADORES EQUIVOCADOS?

El deseo de tener unidad con ciertos predicadores que están equivocados en cuanto a la doctrina ha hecho que algunos hagan mal uso de Marcos 9.38–40:

Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. *Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.* (Énfasis nuestro.)

¿Será correcto que a partir de este pasaje concluyamos, en el precioso nombre de la unidad, que se debe reconocer a los pastores denominacionales y a los predicadores del evangelio equivocados? Tan solo porque el exorcista de Marcos 9 no fuera una persona a quien Juan conociera personalmente, no significa que fuera un falso maestro. Por el contrario, Jesús lo reconoció como un maestro auténtico, y sabemos muy bien que Jesús no hubiera hecho esto con un falso maestro (vea Mateo 7.15–23). El hombre estaba en efecto echando fuera demonios en el nombre de Jesús, una obra que ningún impostor podía hacer (Hechos 19.13–16). El decir que por medio de este caso Jesús reconoció como auténticos a los pastores denominacionales y a los predicadores del evangelio equivocados equivale a invalidar muchos otros pasajes: Mateo 15.13–14; Juan 8.32; Romanos 16.17; 1ª Tesalonicenses 5.21–22; Gálatas 1.6–9; Efesios 4.1–7; 2ª Pedro 2.1–2; 1ª Juan 4.1; 2ª Juan 9–11; 2ª Timoteo 4.1–5.

LA DOCTRINA DE LOS APÓSTOLES

Que son necesarias algunas doctrinas, además de la doctrina de la deidad de Cristo Jesús, es algo que se demuestra en Juan 12.48: «El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la

palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero». La palabra que Jesús habló incluye el poder de atar y de desatar que dio a los apóstoles (Mateo 18.18). El recibir a un apóstol equivalía a recibir a Cristo y a Su Padre (Mateo 10.40). El rechazar a un apóstol equivalía a rechazar a Cristo y a Su Padre (Lucas 10.16). Los primeros cristianos se aferraron no solo a la deidad de Cristo, sino también a la doctrina de los apóstoles (Hechos 2.36, 42).

La lealtad a Cristo y la unidad en Cristo suponen más que decir: «Jesús es el Señor». Jesús mismo dijo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Él dijo en Mateo 19.28 que Sus doce apóstoles se sentarían sobre doce tronos de autoridad durante la regeneración (desde el día de Pentecostés, en el 30 d. C, hasta el final de la era). Además, Él prometió que

estaría con ellos —no solamente hasta el final de sus vidas, sino también, hasta el fin del mundo (Mateo 28.20). Toda doctrina que ellos enseñaron es verdadera, y toda doctrina que ellos no enseñaron es error (1^{era} Juan 4.6). Por lo tanto, todo el que haga concesiones en cuanto a la doctrina apostólica acerca del plan de salvación, la iglesia, el nombre, el modo de adorar, o el estilo de vida, no puede decir con verdad que es leal a Cristo.

CONCLUSIÓN

Todo lo que el Nuevo Testamento enseña es un componente imprescindible del verdadero discipulado. La unidad que Dios reconoce como válida, se basa, por lo tanto, no en cuánto desea uno la unidad, ni en cuánto ama uno a todas las personas, sino en los veintisiete libros sagrados del Nuevo Testamento.

¿CUÁL ES LA VISIÓN BÍBLICA DE LA PREDESTINACIÓN?

(ROMANOS 9.6–16; EFESIOS 1.4–5, 11)

Dios no hace acepción de personas (literalmente, del griego «no acepta apariencias»; Hechos 10.34–35; vea Romanos 2.11), y cada uno debe dar cuenta de sí mismo (Romanos 14.12). La predestinación o predeterminación bíblica, por lo tanto, debe ser de *carácter*, no de *personas*.

Vea Romanos 9. El versículo 6 nos dice que los verdaderos israelitas no son los judíos carnales (Mateo 3.9), sino aquellos cuyo corazón es recto (Romanos 2.29) y que son hacedores de la voluntad de Dios (vea Romanos 2.13; Santiago 1.22). En los versículos 7 al 9, Pablo dijo que los verdaderos descendientes de Abraham son los que siguen las pisadas de la fe (Romanos 4.12), lo cual hizo Isaac, pero Ismael no. En el versículo 11 hallamos que Dios *conoció de antemano*, pero no que *predeterminó*, la clase de carácter que habría en Jacob y la clase que habría en Esaú. Estos se labraron su propio carácter en particular, y Dios (por el conocimiento que tiene conocimiento de antemano) hizo planes para los lugares que ocuparían en la vida.

El versículo 13 no insinúa que Dios aborrezca a alguien (vea Juan 3.16). Más bien, la palabra «aborrecer» se usa en el sentido de dejar de ser agradable a Dios por las acciones de uno. Dios conoce de antemano a todos los que serán vasos de honra. No obstante, Dios no decide quiénes serán vasos de honra; esto es algo que cada uno decide por sí mismo. «Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra» (2^a Timoteo 2.21). Cuando uno elige ser egoísta y desobediente a Dios, Dios sabe de antemano lo que uno será; y Él tiene un lugar para que uno sirva a Sus propósitos, del mismo modo que el inicuo Faraón sirvió (vea vers.^o 17).

La salvación se basa en el conocimiento que tiene el hombre de Cristo (Juan 6.44–45; Romanos 10.1–2), no en la predestinación de Dios. Por más que un hombre inicuo dé coces contra el aguijón (vea Hechos 26.14), no podrá cambiar los decretos eternos de Dios. Dios tendrá misericordia de los que le obedezcan, y castigará a los desobedientes (Salmos 103.17–18; Romanos 2.4–11). El que desea agradar a Dios, debe querer (Apocalipsis 22.17) y correr (1^{era} Corintios 9.24–26) de conformidad con sus propósitos.

Efesios 1.4 revela que Dios decidió antes que el mundo existiera que la clase de personas que reconocería en Cristo, serían santas e irreprochables y amorosas. Él dispuso de antemano que estas características distinguirían a Su pueblo, pero es decisión de cada uno hacerse santo (1^{era} Pedro 1.16), irreprochable (Filipenses 2.14–15), y amoroso (1^{era} Tesalonicenses 4.9–10).

Dios determinó que los que acepten a Cristo serían adoptados como hijos de Dios (Efesios 1.5). Los que están en Cristo, al haberse hecho santos, irreprochables y amorosos, y al haber sido adoptados como hijos, tendrán una herencia (Efesios 1.11). No obstante, esta herencia está condicionada, pues a los mismos Efesios que recibieron esta promesa, se les advirtió más adelante que serían repudiados (Apocalipsis 2.5) si no se arrepentían de sus pecados y hacían sus primeras obras justas.